

## **AMOR, NECESIDAD Y DESEO. Una guía para el despertar adolescente (y más allá).**

Como seres naturales que somos, bueno será tomar a la Naturaleza como ejemplo. Ver cómo funciona en nosotros y fuera de nuestras pieles, en distintos niveles.

En este recorrido que iniciamos, iremos alternando lo subjetivo con lo objetivo. Lo individual y lo humano general. Trataremos así de no perder de vista lo que nos iguala como personas y lo que nos puede diferenciar en cuanto que individuos.

Tomaremos siendo necesario aspectos de la historia, de la cultura, que puedan ser ilustradores. No en vano la historia de la humanidad guarda la memoria de ese magno proyecto que está en nuestro potencial. Y para avanzar, no hay que olvidar.

Previsiblemente, la lectura calmada de este documento nos removerá en algunas partes. La base “cultural” recibida con nuestras educaciones, con nuestros conflictos y pareceres, las creencias (aceptadas o impuestas) tejidas en nuestra cotidianeidad, tratarán de dejarse oír a lo largo de los párrafos. Material de trabajo. O ruido.

Entremos ya en este apasionante sendero.

El amor es un misterio. Probablemente el mayor.

Verlo así, posicionarse como ignorante ante algo tan complejo, nos puede disponer a desvelar paso a paso las distintas capas que nos separan de su esencia. Su Naturaleza.

Tiene este verbo tantas acepciones, facetas y matices que es de difícil definición. Y tantas veces lo hemos nombrado, en tantas vivencias diferentes que siendo acción, no permite retratarlo. Siendo vivo, quiere vivir y mostrarse en la vida.

Seguramente nos sonará la frase de que “amar es dar sin esperar nada a cambio”.

Y así es todo lo que existe con vida. Un permanente acto de amor, puesto que la Naturaleza no nos pide nada a cambio de sostener y recrear constantemente la vida en el Cosmos. Desde lo más profundo en el cielo hasta nosotros, pasando por nuestro entorno vivo o mineral. En una organización perfecta para que todo suministre la oportunidad de vivir.

Esta organización está netamente por encima de nosotros, desde el inicio de los tiempos. No en vano, todas las culturas (a excepción de la mecanicista-materialista, de muy reciente aparición) han venerado a los generadores de esta obra como divinos. Asumirlo nos coloca en una posición de humildad permanente. Y de agradecimiento. Obviarlo potencia la soberbia, que se suele desarmar cuando la vida nos muestra nuestros límites. La infinita impotencia del ego frente a la sabiduría de la vida.

Esa perfección en lo que sostiene la vida, confiere confianza. El estudio, contra más plural mejor, cuando más fundamentado y respetuoso, cuanto más tenga en cuenta a todas las culturas a lo largo de la historia, mayor confianza nos dará.

Ese estudio e investigación –imprescindible para tener criterio- revela que vivimos en un cosmos de amor. Amor que no se puede permitir el error. Amor unidireccional, desde los creadores hacia lo creado. Amor en el que no existe la libertad.

Esa actitud hacia la Creación y sostenimiento de lo creado, se encuentra con conflictos y diferencias, como también recogen las tradiciones, los mitos y las leyendas, cuando relatan los distintos procesos evolutivos que rodearon los inicios de la humanidad.

Precisamente esas divergencias que se oponen a la fuerza de la creación, son las responsables de la diversidad, de las posibilidades del desarrollo de una humanidad diferente de la creada. Con todas las repercusiones y desvíos que implican, así como de las compensaciones y dolor que entraña salirse del camino trazado. Es una parte del precio a pagar en la conquista de la libertad. Como ocurre con cada vida humana.

En el relato del Génesis hay dos creaciones de la humanidad. En la primera, el ser creado tenía los dos principios (macho y hembra) en un solo ser. Y según el relato, se podían multiplicar desde esa misma estructura. Nada físico, por supuesto. Al igual que ocurre en nuestros propios procesos, la idea (aunque sea divina) precede a su realización. Y nosotros podemos hacer lo que nuestros recursos permiten.

En la segunda ya aparece la diferenciación. De uno surge el otro, los dos como iguales. De lo que protege el sentimiento (pulmones y corazón) surge otro ser. Encargado además de estimular el desarrollo humano, pues ese principio femenino activa iniciarse en el camino del árbol del conocimiento del Bien y del Mal. Y eso hace que comience la vida más cercana a nuestra experiencia. Los arquetipos estaban creados y el proyecto humano iniciado. Y a partir de ahí, progresivamente, se fueron desarrollando los procesos que dieron lugar a la Tierra y a la vida en ella.

Este y otros relatos sobre el Génesis están llenos de riqueza, matices y sabiduría. No es pretensión de este artículo otra cosa, que ir orientando la lectura hacia el título del mismo. Por eso cogemos un hilo sólo de la madeja que las tradiciones aportan.

Para que la humanidad tenga vida física en la Tierra, debe ser resultado de la unión de los dos principios físicos, hombre y mujer. Esto es lo que la Naturaleza estipula para que el orden cósmico pueda mantener su coherencia sagrada. Es la primera necesidad manifiesta. Aquello sin lo cual no podemos vivir, venir a la vida, dentro del orden natural.

Para no contravenir lo que nuestra creación generó, debemos tener siempre presente que fuimos creados como iguales. Seres humanos en un cuerpo de mujer u hombre.

Como seres que en algún momento éramos completos y duales, esa esencia no se perdió. Sólo cambió en su forma. Y se hizo más compleja, en cuanto fueron apareciendo los distintos elementos constitutivos de lo que ha llegado a ser un ser humano.

La fortaleza que se da en el ámbito físico en lo masculino, aparece en el lado biológico en lo femenino, puesto que es responsable de gestar y traer vida a la vida. Es en el ámbito anímico donde podemos observar la convivencia de los dos principios, en cada persona, aunque en distinta disposición y estructura. A distintas funciones dentro de la necesidad de conjunción, distintas disposiciones y formas de manifestación.

Pero, a pesar de los tópicos, a pesar de las diferencias evidentes y notorias que a lo largo de la historia se han infligido a los dos sexos, en las que afectando a uno se afecta el todo, no debemos olvidar que somos seres humanos, que nacemos en cuerpo de hombre o de mujer iguales en importancia y trascendencia para la humanidad.

Nos necesitamos. Nos necesita el futuro para que siga viniendo vida natural con nuestra participación a la Tierra.

Y aquello que necesita la humanidad en su conjunto, lo siente cada individuo singular.

Hombre y mujer se necesitan. Porque son complementarios. No sólo en lo físico.

Cada ser humano, desde su nacimiento, se desarrolla y forma a partir de sus dos necesidades anímicas primordiales: la necesidad de amar y la necesidad de ser amado, desde lo que usualmente podemos comprender como tales acciones. Se podría trazar una línea del desarrollo biográfico de cada persona, a partir de la presencia, ausencia e intensidad en la expresión y experiencia de esas necesidades.

Amar y ser amado en cada etapa de la vida adquieren cualidades y formas diferentes. Los déficits en esas necesidades marcan cada tramo de vida, sobre todo en las primeras etapas y confieren rasgos a la personalidad.

Pero siendo necesidades caudales, están sujetas en nuestras vidas comunes al deseo. El deseo está indisolublemente unido a la vida en la Tierra. Y estudiado está desde antes de que existan registros escritos. Los antiguos hindúes ya diferenciaban el deseo sensorial, sensual del deseo por el bienestar y la felicidad ( Trisna y Sukha). Deseos que se manifestaban (aún hoy en día) como sed y apego. Su búsqueda y dependencia de tal búsqueda que no encuentra calma más que transitoriamente, en algunos casos.

En las culturas más antiguas, el desarrollo espiritual correcto pasaba (exactamente como ahora) por un aprendizaje del desapego por aquello que no era sano, equilibrado o no conducía a las cualidades dignas de ser cultivadas. Se educaba el mundo de los deseos para elevarlo desde lo más inmediato y material a lo más elevado.

En las religiones, si eran reflejo correcto de estas enseñanzas, las impartían entre los pobladores para mantener la sintonía con lo sagrado. Las distorsiones religiosas, con el paso de los tiempos se han ido encargando de adulterar la comprensión y adecuación educativa del mundo de los deseos. Básicamente a través del castigo y las amenazas.

Necesidad es aquello sin lo cual no podemos vivir. Necesario es organizar nuestra vida orientándola hacia la salud.

Hay una vida física en la que debemos cuidar de nuestro cuerpo. De nuestros hábitos en ese cuidado; sus ritmos y alimento. Ejercicio y descanso. La buena práctica genera seguridad y confianza. Sobre todo en las primeras etapas de la vida.

En el principio, el recién nacido sólo tiene necesidades. Posteriormente, en cuanto se va desarrollando motriz y sensorialmente, aparecen los deseos unidos a las necesidades. Y aquí comienza la labor educativa sobre los deseos, que va ineludiblemente unida a la gestión de la tolerancia a la frustración.

Es vital desde bien pronto, educar en la diferencia entre necesidad y deseo. El deseo puede ser tan fuerte que parezca necesidad. Pero se nota la diferencia porque el deseo puede aparecer o cambiar automáticamente mientras que la necesidad no.

Por otro lado es muy difícil que los adultos podamos enseñar a nuestros descendientes (o personas menudas a nuestro cargo) cómo gestionar la tolerancia a la frustración y nuestra discriminación entre deseo y necesidad si no lo tenemos suficientemente elaborado. Las criaturas aprenden desde el ejemplo. Y no sólo desde lo que ven; también y mucho, desde lo que sienten.

Ampliando el foco nos encontraremos con el deseo y la necesidad trasladada a los demás. No ya a lo que concierne a la propia personita en desarrollo sino a lo que le puede vincular con las demás en lo social. Social y afectivo dado que van de la mano.

Recordemos: necesidad de amar y de ser amado.

Todo lo que vive sobre la Tierra está sometido a la gravedad. Y aunque no sea la única fuerza que hay (a pesar de que sea la única que nos enseñan en las escuelas) “pesa”.

En nuestro interior se manifiesta desde nuestro ego, con todos los sufijos que tiene.

Siendo una fuerza centrípeta, lo quiere todo para si. Nos hace sentir el centro de todo cuanto existe y, librado a su preponderancia, sólo contempla la posibilidad de que el universo entero le preste atención y atienda en sus deseos. Que interpreta como necesidades y lo son, para mantener sus atribuciones e importancia.

En la primera infancia, la necesidad de ser amado se mezcla con el desarrollo de ese ego. Es lo que se suele llamar narcisismo primario aproximadamente. Todo son (en condiciones normales) atenciones, cuidados y parabienes hacia el recién llegado. De educar sanamente, esa actitud de “bienvenida” ha de ir mutando hacia la conciencia de los límites, la atención a algo y alguien más que uno mismo, sin olvidar atender las necesidades reales y la amorosidad que precisa toda acción educativa.

Progresivamente incorporar la función de realidad. Y, a ser posible, alternando la atención sobre uno mismo con la atención e interés real por los demás.

Si este acompañamiento en el desarrollo de cada persona, tiene en cuenta la existencia de una sabiduría y realidades MUY por encima nuestro, responsables de la vida y sus manifestaciones, será posible que la persona se sitúe correctamente para conocer su propio papel aquí y ahora. Elija con quién y cómo. Y crezca en dignidad.

En la naturaleza todo obra por necesidad en los distintos reinos y esferas. Y en el género humano también existen las mismas necesidades, a las que hay que añadir el principio exclusivo de la libertad, como potencialidad. Así como cada biografía es única, puesto que cada individuo lo es, existe en cada uno de nosotros el principio elevado contrapuesto al ego. Se le ha llamado Espíritu, Yo, Atman, Individualidad.

Es un elemento inclusivo, abarcante, expansivo y no está sujeto a las contingencias materiales; aunque a través de nuestro aspecto anímico viva nuestras experiencias en aquello que es fundamental para el desarrollo de cada ser humano. Nuestros avances profundos y nuestras experiencias significativas que trascienden el momento.

Al proceso de Creación que repasábamos al principio, la mitología añade y nos explica que fue Prometeo quien aportó ese elemento a la humanidad. El fuego de los dioses. Que cada ser humano encontró incorporado a su complejo ser.

Este aspecto crucial para la humanidad, no exento de polémica desde su inicio entre los propios protagonistas de nuestra creación como relatan los mitos, dirige silenciosa y profundamente nuestro devenir. Para cada uno de nosotros en su nivel de desarrollo. Pero lo que cada uno hace lo hacemos con la consciencia que tenemos. Y aquí aparece la libertad, como elemento de aprendizaje. Se podría decir que nacemos y vivimos condicionados, pero no determinados.

Unos, mucho más avanzados que otros, han sido y son lo que nos proveen de recursos e instrumentos para ir avanzando. Singularmente, puesto que cada individuo vamos aprendiendo y tropezando en virtud de nuestros momentos, recursos y destino. En cada biografía exclusiva, como lo es en coherencia con la singularidad individual.

Llegada la adolescencia ocurre una profunda metamorfosis.

De alguna manera se da un nuevo nacimiento. Se desarrollan funciones orgánicas nuevas, va cambiando nuestro cuerpo físico a ojos vista, la voz se altera y nuestra necesidad alimenticia, sueño y ejercicio exigen adaptaciones y otras cantidades.

En un proceso muy rápido de apenas 5-7 años, nos encontraremos ante un ser distinto. Paralelamente al torrente hormonal y a la aparición de nuevos fluidos, se da una inundación emocional y una vivencia de aparente plenitud, que llena de ideas e imágenes al sujeto dándole la sensación de ver con claridad cómo deberían ser las cosas. Se siente protagonista y - se cree- creador/a de esas posibilidades.

La fuerza que emerge en el interior de la persona durante la adolescencia, tiende a moverla en dos sentidos: hacia fuera y hacia dentro. En los últimos tiempos y dada la intoxicación recibida por distintos medios, la fuerza hacia fuera está mermada.

En su movimiento hacia fuera puede desplegar la potencia de cambiar la realidad. Es lo que siente que puede hacer, puesto que ve con claridad meridiana lo que no está bien en su alrededor y le sobrevienen las ideas sobre qué hacer y hasta cómo hacerlo. Descubre la falsedad y la injusticia en la mayor parte de la realidad que le rodea.

La imaginaria adolescente le hace ver al mundo adulto y a lo que sostiene nuestra sociedad como está (mal, desde su percepción recién despierta) como una unidad que se opone a lo que su interior le revela como soluciones u otras formas de vivir. En la inercia que se crea, buscará nuevos referentes en sus iguales con los que formar grupo, en iconos actualizados o *referers* que le inflamen su personalidad en construcción.

Si su educación ha sido suficientemente sana (en consonancia con los apuntes que hemos intentado esbozar antes) y ha crecido con la conciencia de los demás, como algo importante también para él mismo, la fuerza hacia fuera le conducirá a buscar sobre todo aquello que sería bueno para la mayoría, pero además escuchando todas las voces. Podrá discriminar más finamente lo racional de lo emocional, tanto en sí mismo como en los demás. Entendiendo que esto requerirá la actualización de sus aprendizajes previos como algo natural.

Podrá ir comprendiendo que algo parecido a lo que le ocurre, le ocurre a los demás.

Desde un punto de vista anímico profundo, se le abre a la percepción el mundo de los ideales, con relativa pureza y diferenciado en función de cada individuo.

Al mismo tiempo se le abre la caja de Pandora. Paulatinamente se le manifiestan tanto las formas y contenidos más preciosos como las imágenes e impulsos más atroces.

Todos estos elementos la persona los vive vinculados con sus contenidos biográficos del momento. Se identifica en lo que vive internamente con los impulsos de acción hacia fuera. Y cree en cada momento que la reacción que vive en su interior, está generada por lo que desde fuera ha percibido. Su mente podrá racionalizar su sentir y justificar incluso lo que le aparece como acción, por muy fuerte o disonante que sea.

Su subjetividad está sujeta a múltiples estímulos. Víctima de una tormenta emocional buscará tanto la seguridad que tenía de niño como huirá de ella para formarse su propio mundo, principalmente.

Seguirá necesitando amar tanto como ser amado. Pero en esta etapa, con otras formas. También su ego adquirirá una mayor fuerza. Y le condicionará para buscar sobresalir, ser visto y admirado. En este nuevo escenario, la persona adolescente probará distintos recursos con los que sentir que se muestra como es internamente. A través de la imagen que dé, tanto en su vestuario como en sus palabras, música o actividades públicas, la intención es que se le vea y sentirse deseado/a, necesario e importante para los demás. Con la labilidad y urgencia que cada situación le imponga.

En la construcción de su personalidad vivirá aceptaciones y rechazos. Tanto por parte de sus mayores y familia como de sus iguales. En sus enamoramientos y equipos o grupos. Tendrá que sostener lo que ha venido a llamarse la crisis narcisista de la adolescencia. Y es muy importante cómo la gestione porque podría condicionar su visión del mundo, de las personas y de sí mismo. Las posibles ayudas no le sobrarán.

Como cada persona no es sólo el resultado de su biografía, familia, entorno y estudios, su individualidad profunda le ayudará a cruzar esta etapa para que siga avanzando en su vida. El cómo vaya atravesando la adolescencia y juventud le podrá condicionar su futuro, pero salvo en casos excepcionales no determinará fatalísticamente su vida.

Sin restar importancia al papel que los adultos responsables tenemos en esas etapas de los adolescentes, no podemos perder de vista que en cada persona existen las fuerzas para enfrentarse con cada reto que la vida le pueda plantear. Nuestra función como adultos sería más de acompañamiento firme y asesoría y de ayudarles en su consciencia individual y social. Será más eficaz si en las etapas anteriores construimos un vínculo afectivo suficiente, como pudimos, con los recursos que tuvimos.

La sexualidad aparece como una energía poderosa y acuciante de forma diferente en función del género. Pero en los dos actúa como una fuerza magnética.

Ese magnetismo puede operar en los dos sentidos: atracción y/o rechazo. En situaciones normales la persona lo vive como algo con mucha fuerza, que le impulsa a actuar para darle salida a la propia energía. Y puede ser con uno mismo o con otra persona.

La madurez sexual contiene la posibilidad de generar nuevos seres humanos y es una de las energías más poderosas que existen en el interior del ser humano, en vida y a partir de la adolescencia. Suele condicionar su autopercepción y sus relaciones. Mezclada con las otras vivencias internas que tiene el adolescente, suele generar múltiples conflictos, sobre todo al ponerla en relación con otras personas.

El enamoramiento y la energía sexual, juegan bazas confusas y conjuntas que en la adolescencia –desde dentro- no suelen ser fáciles de diferenciar. Menos todavía en la vivencia con quien te acompañe y en las modulaciones, encuentros y desencuentros que se darán.

Pero son dos elementos netamente diferenciables. Mientras que el enamoramiento surge de forma espontánea y genera la atracción hacia la otra persona (con intensidad y llena de contenidos, idealizaciones y proyecciones de muchas ídoles) la pulsión sexual puede estar vinculada o no con la persona de quien se enamora. Digamos que tiene una vida autónoma, sobre todo en el varón. Siente una poderosa atracción y deseo por LO femenino, no vinculado necesariamente con la persona que se siente enamorado. Entre otras cosas porque no necesita estar enamorado para sentir la pulsión sexual.

En la chica, a pesar de la sexualización masculinizante que se está forzando hacia el placer femenino, existe un impulso que subyace en ellas. Superará el acercamiento íntimo a la sensación de confianza que le generará el chico. Aunque va teniendo conciencia de que su atractivo es “genérico” en lo sexual para el varón, su participación pedirá algo más que la presencia del compañero para estar dispuesta. Condicionará al chico. Y esto nos devuelve al inicio. Uno de los papeles de la femineidad consiste en reclamar del varón responsabilidad y el estímulo para madurar. Para modular sus deseos e impulsos e ir dirigiéndolos hacia algo provechoso, proyectos o logros. Compromiso.

No es una cuestión ni automática ni total. Es algo que va surgiendo en la medida que la relación avanza, si se sostiene en el tiempo.



Estos “modelos” esbozados de las diferentes manifestaciones adolescentes, son parciales. Intentan aportar desde una perspectiva más bien apolínea (de Apolo, Febos) el desarrollo común en las primeras etapas del ser humano.

Pero también existe la perspectiva dionisiaca ( de Dionisos, Baco), donde el juego, la aventura, el placer y la espontaneidad son celebrados. Lo inesperado, la broma y la risa hacen fecunda la aridez de la vida.

La música la pone Apolo, pero el baile y el cortejo son fomentados por Dionisos. La luz que aporta Apolo es fecunda en la Tierra gracias a Dionisos. Y la vida en la Tierra precisa de los dos (y de otros principios más) para poder ser vivible. Humana.

Hay que orientar sanamente los impulsos que se viven en la adolescencia. Es necesaria una ampliación de los referentes y criterios que podrá aplicar en esta nueva etapa. El interés por sí mismo y por los demás, además del respeto por la Naturaleza y quienes la tradición ha recogido como sus generadores, sube de nivel. Uno mismo es alguien tan importante en este Juego de la Realidad, como todos los demás. El otro, la otra, es un ser sagrado, a quien debo respetar, aportarle lo que sea capaz y se me pida y acoger de esa otra persona, lo que necesite para ser mejor y desarrollarme en humanidad.

Si la persona tiene esto en cuenta, sus acciones y desarrollo podrán ser útiles en lo particular pero también en lo universal. Si no, su nueva etapa le podría arrastrar hacia la consecución de poder y hacia la dependencia insana de la sexualidad. Obsesivas.

Nuevamente, se trata de no dejar al propio ego que dirija nuestras vidas. Seguirá buscando su complacencia y placer, aunque sus palabras nos hagan decir lo contrario.

Amor, necesidad y deseo.

No se puede amar aquello que no se conoce. Como decíamos, siendo algo vivo lo conoceremos en la vida, en la práctica. Y un amor que no podemos descuidar es el amor propio. Debemos tratar de conocernos y constatar aquello que es común a los demás y aquello que puede ser genuinamente propio y diferente, que suele ser lo menos, en cantidad. El contraste con los demás será de una inestimable ayuda.

Los constantes cambios que se viven, desconciertan. Y se hace difícil conocerse y reconocerse. Sobre todo cuando la autoimagen es “evaluada” por el entorno. Aparecen complejos, pavoneos y desmadres. Nada crítico usualmente, aunque puede haber semanas o temporadas convulsas y con emocionalidad exaltada. Y en esto las amistades juegan un papel primordial. En esto, mucho que aprender también.

Desde una visión adulta, lo más práctico y sano es procurar no quedarse atrapado en lo transitorio y tratar de contrastar lo observado, para recoger lo esencial. Y velar por su desarrollo desde este conocimiento. Con las dificultades que entraña.

Los mayores conflictos entre generaciones de padres e hijos, se suelen dar porque los adultos no tienen suficientemente bien elaboradas sus propias adolescencias. Y muchas veces se desatan guerras entre egos mezclados con los desafíos propios de la adolescencia. En lo posible, en la educación de los adolescentes, buscar estrategias y procesos higienizantes entre dos o más adultos. Y tomar los desafíos educativos que se presenten, como una oportunidad (reválida) para madurar en los propios procesos pendientes de superar adecuadamente. Reconocernos en nuestras debilidades.

Los hijos y las hijas toman de sus progenitores lo que necesitan. En profundidad. Lo que más marcado está en nosotros principalmente. Por eso muchas veces los hijos nos parecemos a nuestros padres. Pero si les damos lo que DE VERDAD necesitan de nosotros, por nuestra actitud y acciones, eso podrá permitirles desarrollar mejor su singularidad. Mostrar nuestra disposición, para cuando la pidan. Estar ahí.

Como adolescentes en búsqueda del propio camino, tropezaremos y tomaremos caminos equivocados. Si el error no es grave, aprenderemos y seguiremos adelante.

En este continuo proceso, averiguaremos de qué podemos proveernos o en qué podemos crecer, para ser mejores y más completas personas. Qué admiro en personajes u otras personas, como actitudes o cualidades, que puedan hacer más humanas las que conozco en mi pensar, en mi sentir y en mis actos.

Y cuando me acerque al otro o la otra, con deseo de intimidad y de acercamiento sexual, aprenderé a colocar la sensibilidad y el interés por mi par por delante de mi deseo acuciante. No se trata de negarlo ni de represión timorata sino de aprender (con mi pareja de ese momento) a conocer su expresión, su cuerpo, sus deseos. Orientar mi deseo a ese interés y aprender a expresar mi propio deseo en confianza. Construirlo.

Desde su despertar, la sexualidad se convierte en necesidad. No vital, pero si de gran importancia. Por eso es de gran relevancia intentar aprender sobre ella en nosotros mismos y en y con los demás. Así ir aprendiendo a gestionarla para que pueda ocupar el papel en nuestras vidas que, en equilibrio y envuelta en el amor que seamos capaces de ponerle, nos procure una vida lo más plena posible. Si es fuente de goce y contiene la posibilidad de generar vida, por algo será. Amemos esta función también.